

REVISTA DE LIBROS

Una nueva mirada a España

Reseña/resumen del libro *Ser español
en el siglo XXI*, de Martín Ortega

Luis Zaballa / luis.zaballa@maec.es



FEBRERO 2017

Nº 6

Análisis

Las opiniones contenidas en los siguientes artículos sólo comprometen a sus autores y no constituyen posiciones oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES
Y DE COOPERACIÓN

El pasado mes de julio vio la luz la extensa reflexión sobre España titulada *Ser español* en el siglo XXI, del Profesor Titular de Derecho Internacional de la Universidad Complutense de Madrid, y colaborador en la Oficina de Análisis y Previsión de este MAEC, Martín Ortega Carcelén. Su relevancia para comprender la significación de la España contemporánea, así como las potencialidades de política exterior que de ella se derivan, hacen a este libro acreedor de una atención especial por parte de esta edición de Análisis.

El propósito explícito del libro es desentrañar el contenido de la identidad española en nuestros días, dirigiendo su análisis en una doble dirección; por un lado, indaga en la identidad española hacia adentro, considerando su relación con las diversas identidades que se encuentran en el seno de la sociedad española, y examinando con detalle la actual problemática nacionalista, especialmente el caso catalán; por otro, indaga en la identidad española hacia afuera, considerando la singularidad de España en la escena internacional, así como la naturaleza de su proyección exterior. Dada la vocación internacional de esta publicación periódica, será el segundo foco de estudio el que centre la reseña bibliográfica.

El propio Ortega resume su tesis afirmando que 'ser español hoy significa compartir una cultura global, compartir los principios y valores de un Estado democrático, y compartir un espacio para actuar en el mundo.' A continuación se considera cada una de estas dimensiones de la identidad española contemporánea.

Cultura global

La cultura que se identifica con la nación española no es, desde el punto de vista de su proyección exterior, una cultura más entre las más de doscientas culturas nacionales que componen la sociedad internacional. Tiene, según el autor, un alcance global en virtud de su dimensión americana. ¿Y cuáles son los rasgos esenciales de esa cultura de proyección global?

De un lado, el autor señala la herencia histórica de España, que naturalmente forma parte del concepto contemporáneo de nación española. Es una herencia que, entre otros elementos, se asocia al patrimonio histórico de España, tanto material como inmaterial, destacando, por ejemplo, como uno de los países del mundo con más declaraciones de patrimonio de la Humanidad por parte de la UNESCO (sólo detrás de Italia y China). De manera más específica, suele asociarse España con el Renacimiento y el Siglo de Oro como periodo histórico de mayor esplendor político y cultural de nuestro país. De otro lado, destaca la cultura española contemporánea, percibida como un conjunto polifacético con personalidad propia, que incluye la pintura, la literatura, la gastronomía, la música, el arte, la moda, el cine, o el deporte.

Pero lo más interesante es, sin duda, la investigación sobre lo que podría constituir la esencia de la cultura española, tanto en su vertiente histórica como contemporánea.

Para dilucidar esta cuestión, el autor parte de las reflexiones de los pensadores españoles del siglo XX que participaron intensamente en este debate. Autores como Sánchez Albornoz o Menéndez Pelayo entendieron que el rasgo definitorio del ser de España era la religión católica, alrededor de la cual se había articulado

y desarrollado la práctica totalidad de su cultura. Desde otra perspectiva, Américo Castro señaló que lo que caracterizaba realmente a la cultura española era su naturaleza híbrida, resultante del influjo cristiano, árabe-musulmán, y hebreo-judaico.

Ortega adopta esta segunda orientación, resaltando el mestizaje como rasgo más característico de la cultura española, aunque pone el énfasis en las influencias y préstamos recíprocos que se han producido entre las diferentes lenguas peninsulares. Subraya, por ejemplo, el hecho de que las primeras expresiones escritas en castellano se encontrasen insertas en las jarchas medievales, que eran versos en lengua romance con los que se ponía fin a poemas árabes. Otra de las primeras expresiones escritas en castellano fueron las Glosas Emilianenses, trufadas de nombres y expresiones en lengua vasca. Incluso los escritos pioneros de Gonzalo de Berceo denotarían influencias del vascuence, que posiblemente imprimió al castellano su carácter directo, y le prestó su sencillo sistema vocálico.

Aparejada a esta cuestión sobre la esencia de la cultura española se encuentra la cuestión del carácter del español, también objeto de un viejo debate. Autores como Pedro Laín, o Rafael Lapesa, destacaron ciertas características positivas del español, como el individualismo o el sentido de la dignidad personal, que contribuían a explicar algunos de los mayores logros de los españoles, como la aventura americana. Pero esos mismos autores, y otros que les acompañaron, señalaron que esas virtudes venían a menudo acompañadas de características negativas, como la dificultad para entenderse con otros, o su carácter irreductible frente a las normas sociales.

En sintonía con estos autores, el autor escoge como rasgo típico de los españoles una característica fundamentalmente positiva, pero que también puede tener un desarrollo negativo: el espíritu crítico.

Entre los exponentes más brillantes de este espíritu se encontrarían pensadores como Francisco de Vitoria, que negó a España todo derecho de conquista sobre los pueblos americanos, o activistas como Bartolomé de Las Casas, que denunció la explotación colonial de los indígenas. Según resume el autor, 'los españoles cometían los agravios y los españoles los criticaban, para asombro del mundo'.

La vena crítica se traspasaría después a autores mestizos, como el Inca Garcilaso o Poma de Ayala, que reivindicarían sus culturas nativas frente a las imposiciones etnocéntricas del Imperio. Encontró expresión incluso en la escuela española de pintura, donde artistas como Velázquez o Goya revelarían en sus cuadros las debilidades morales de papas y reyes, aun trabajando formalmente para ellos. Más recientemente podría encontrarse el mismo espíritu de contestación en las obras de José Cadalso o Mariano de Larra, particularmente punzantes contra los usos y costumbres de la España de su tiempo. La tradición habría llegado hasta nuestros días, sin duda, y no parece dar señales de remisión.

Estado democrático

La segunda dimensión de la identidad española contemporánea sería la identificación con los principios y valores de un Estado democrático europeo. Los españoles abrazan, en efecto, de forma mayoritaria, principios y valores como la democracia o los derechos humanos, y esto constituye un rasgo definitorio de

su identidad. Pero Ortega subraya el adjetivo 'europeo' como un importante matiz diferenciador, lo que resulta especialmente oportuno, ya que la democracia europea se distingue de otras democracias, como la estadounidense o la japonesa, por el consenso alrededor de ciertas cuestiones éticas (como la oposición a la pena de muerte) o políticas (como el reconocimiento de los derechos económicos y sociales). La inclusión del elemento europeo añadirá, además, un escalón adicional a la escala de identidades múltiples con que suelen definirse actualmente los españoles: a nivel local, regional, estatal, y continental.

Ortega considera a continuación la posibilidad de adoptar la idea del patriotismo constitucional, concebido por el politólogo alemán Dolf Sternberger en los años 70, y difundido principalmente por Jürgen Habermas en los 80 y 90. Concluye que el sentimiento de pertenencia a una comunidad de derechos puede, efectivamente, formar parte sustancial de la identidad nacional española, pero no de modo excluyente, desplazando todo elemento identitario de raíz histórica o cultural.

Es, probablemente, uno de los mayores aciertos del libro. Las circunstancias históricas que motivaron la generación de un patriotismo constitucional puro en Alemania (opuesto a cualquier referencia histórica o cultural) difieren radicalmente de las condiciones de la España actual. La idea surgió en un momento en que Alemania padecía aún un status de posguerra. Prevalecía la noción de que el sentimiento nacionalista asociado a la lengua y la cultura alemanas estaba en el origen de las dos guerras mundiales, y que debía ser suprimido, o al menos omitido. Un buen número de alemanes compartía, incluso, un cierto sentimiento de



vergüenza nacional, propio de un país que ha sido militar e ideológicamente derrotado. Nada tiene que ver este panorama con la España de hoy. Todo país tiene una dimensión horizontal (como asociación política) y una dimensión vertical (como nación histórica), y sólo circunstancias excepcionales, como las que vivió Alemania, justificarían la amputación de una de estas dimensiones. Países como Francia o Reino Unido no lo han hecho, y tampoco hay motivo para que lo haga España.

En el mismo capítulo, el autor examina las encuestas sobre el sentimiento de pertenencia a España, mostrando que, partiendo de altos niveles de adhesión, el sentimiento de pertenencia de los españoles ha bajado notablemente, en paralelo con la crisis económica. Como aspecto positivo subraya los estudios que muestran la existencia de un fuerte sentimiento de comunidad entre los españoles, sensiblemente por encima de los restantes países europeos.

Ortega es crítico a este respecto, tanto con la ciudadanía española como, sobre todo, con los sucesivos gobiernos españoles. Denuncia, por una parte, 'el hábito de autoflagelación que cultivan los españoles', reflejado aún en las encuestas recientes que muestran a España como el país europeo con una mayor disparidad (positiva) entre su imagen exterior y su autoimagen. Pero sobre todo critica la 'gestión deficiente de la identidad española por parte de los poderes públicos del Estado', lo que resulta especialmente grave en un momento en que decae la adhesión a España y se plantean desafíos separatistas.

Resalta, en este sentido, la costumbre de 'dejar pasar' los frecuentes ataques ideológicos a la ciudadanía española, así como la renuncia

a consensuar proyectos políticos capaces de estructurar el sentimiento nacional en torno a los principios cívicos que inspiran nuestro sistema político. Cita, por ejemplo, la historia de desacuerdos en torno a la asignatura de Educación para la Ciudadanía. Más allá de las disputas por el contenido de la asignatura, los dos principales partidos han sido incapaces hasta ahora de acordar siquiera la existencia de una asignatura dedicada a la formación ciudadana de los españoles.

En contraste, Ortega muestra los esfuerzos realizados por otros gobiernos europeos para atender precisamente este problema. En el año 2006 el gobierno británico de Gordon Brown encargó una serie de estudios dirigidos a medir el sentimiento nacional británico en las diferentes naciones del reino, así como su evolución en el tiempo. Los estudios mostraron un nivel de adhesión bajo y declinante, lo que llevó al gobierno a ordenar la elaboración de un documento interno con propuestas para reforzar el sentimiento nacional. El documento se presentó, efectivamente, en 2008, proponiendo, entre otras medidas, potenciar la 'educación ciudadana' y establecer un día nacional del Reino Unido. Ninguna iniciativa de este tipo se ha tomado en España.

Como excepción a esta tónica negativa de las últimas décadas, Ortega elogia la creación de Marca España en el año 2012 como instrumento útil para explicar la realidad de España en el exterior, aunque no deja de señalar que la entidad carece de presupuesto.

Un espacio para actuar en el mundo

El desarrollo más original del libro es, probablemente, la concepción de España como una 'palanca' o 'plataforma' privilegiada para la

proyección de las aspiraciones de las personas físicas y jurídicas españolas por todo el mundo.

España ofrece a sus ciudadanos un despliegue privilegiado por la Unión Europea en virtud del proceso de integración institucional y política en el que participa; ofrece un despliegue igualmente privilegiado en Iberoamérica gracias a la comunidad de lengua y cultura, reforzada legislativa y convencionalmente; y ofrece un acceso seguro por el espacio mediterráneo del que naturalmente forma parte, cooperando con los países vecinos para preservar esa seguridad. A estos espacios prioritarios se habría de sumar progresivamente EEUU, de importancia primordial tanto por el poder y la dimensión del país, como por la creciente presencia hispana entre su población. Estas condiciones favorables permiten a la sociedad española potenciar sus capacidades y su presencia en el mundo, lo que lleva a Ortega a afirmar que 'España disfruta de un alma más grande que su cuerpo', y a describirla como una 'potencia media con proyección global'.

A continuación aborda las posibilidades de preservar e incrementar esa proyección global en favor de los ciudadanos españoles, considerando tanto el reforzamiento de las capacidades propias como la mejora del medio internacional en que han de desplegarse.

Desde el punto de vista de las capacidades propias, señala que la influencia de España se ejerce fundamentalmente a través de un soft power diplomático y cultural, que en su opinión debería desarrollarse en una forma de smart power a imagen del ejercido por los países escandinavos, o incluso desarrollar una forma de creative power que sea propia y característica de España.

En cuanto al medio internacional, centra su

atención en la necesidad de mejorar sobre todo el marco financiero internacional, actualmente caracterizado por su desorden e inestabilidad. Destaca el contraste existente entre las democracias avanzadas, que básicamente han logrado regular la actividad económica conforme al interés general, y la sociedad internacional, donde 'no contamos con medios adecuados para controlar las finanzas'. El resultado más obvio de este desorden ha sido la actual crisis económica, originada en 2007 en el mercado financiero estadounidense, y que ha llevado a países como España a incrementar su deuda pública del 39,4 % al 99,2 % del PIB en sólo 7 años (60 puntos de aumento entre 2008 y 2015).

Y el problema no ha sido sólo la crisis, sino la deficiente respuesta a la crisis, tanto a nivel europeo como global.

En el ámbito europeo, cita, por ejemplo, la débil reacción ante el uso y abuso de los instrumentos financieros que estuvieron en el origen mismo de la crisis. El Parlamento Europeo, la Comisión, y 11 Estados miembros reclamaron el establecimiento de una tasa a las transacciones financieras, pero encontraron la resistencia de una minoría significativa de Estados (Reino Unido, Holanda, Suecia, Dinamarca, Luxemburgo, y Polonia). La tasa debía comenzar a aplicarse en 2014, pero se retrasó a 2016, año en que se ha vuelto a posponer.

En el ámbito global la respuesta no ha sido mejor. En el seno del G-20 hubo, por ejemplo, un impulso inicial para perseguir los paraísos fiscales, pero el esfuerzo no ha tenido continuidad. Según Ortega, 'algunos Estados, defensores de la industria financiera, continúan poniendo trabas a los intentos de transparencia y regulación', de tal manera que los deseos de



'acumulación' financiera siguen prevaleciendo sobre la 'ordenación racional' del sector a nivel global. La vía idónea para abordar el problema sería, en su opinión, el reforzamiento de las capacidades del G-20.

Conclusión

La obra de Martín Ortega se inscribe en la mejor la tradición intelectual de 'pensar España' con seriedad, cultivada por muchos de los grandes pensadores de nuestro país desde el siglo XVII al siglo XX. Pero cabría distinguir en ella dos importantes rasgos diferenciales:

Uno es de método, ya que, además del enfoque histórico y cultural empleado hasta el siglo XX, el estudio incorpora nuevos instrumentos analíticos, como las encuestas sociológicas o los datos econométricos. Las diferentes perspectivas se complementan y enriquecen mutuamente.

El otro rasgo diferencial es de actitud. El estudio de Ortega deja atrás cualquier atisbo de derrotismo dramático del tipo 'me duele España', ayudado tal vez por el hecho de que la situación actual de nuestro país es objetivamente mejor, pero impulsado fundamentalmente por una disposición intelectual que podría definirse como una versión corregida de la célebre fórmula de Gramsci: 'Realismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad'—dejando atrás el gramsciano 'pesimismo' de la inteligencia, que carece de toda virtud cognitiva.

No es exagerado describir el libro de Ortega como uno de los grandes esfuerzos intelectuales para definir el concepto de la España del siglo XXI.